

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

COSAS DE CHICOS



—¡Ay, qué gusto! ¿Conque se queda usted á comer en casa?

—Sí, hijo, sí. ¿Te alegras tú?

—¡Ya lo creo! ¡Como que así tendremos principio!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El domador de fieras, por José Jackson Veyan.—Los viernes de las de Ruiz, por Juan Pérez Zúñiga.—Guáñer, por Mariano de Cavia.—Cariños, por Eduardo de Palacio.—La despedida de la cocinera, por Sinesio Delgado.—Palique, por Clarín.—Mi cuarto á espadas, por José María de Luna.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Cosas de chicos.—Las faldas.—Preparativos, por Cilla.



Si yo fuera duque ó marqués—que aún puede que lo sea—y saliese un cronista de esos que se introducen en las alcobas, hablando de la turgencia de carnes de mi esposa, la duquesa, cogía el espadín del uniforme y se lo clavaba en el vientre.

Con motivo de los matrimonios realizados estos días, han andado por ahí los modestos literatos sacando los trapos á relucir y metiéndose en las camisas de las novias, como si todo el mundo tuviese derecho á registrarle á uno la ropa blanca y á examinar las iniciales de los calzoncillos.

Yo no soy nada, ni siquiera socio de la Económica Matritense—que es lo más insignificante que se puede ser,—pero cualquier día dejaba yo que mi novia anduviese en lenguas y saliera en los papeles públicos, como han salido varias señoritas, cuyos pies beso.

Yo me figuro á los cronistas de bodas conferenciando en las antecámaras con el mayordomo, ó la doncella, ó el ayuda de cámara del novio, y creo oír conversaciones como ésta:

—Y diga usted, ¿ella lleva mucha ropa blanca?

—Una barbaridad.

—¿Y alhajas?

—¡Oh! Puede usted citar, entre otras, un guardapelo de oro, regalo de una tía, que sirve como guardapelo y como sacacorchos.

—¿Sabe usted cómo lleva las camisas?

—A media pierna.

—No pregunto eso. Digo si están guarnecidas de encajes.

—Sí, señor, y tienen cintitas azules en la parte de arriba.

—¿A él le han regalado muchas cosas?

—Muchísimas. Vaya usted apuntando: una escopeta de dos cañones, un alfiler fino para la corbata, media docena de calcetines de hilo, dos salchichones, un acordeón.....

—Gracias, gracias.

Al país no suelen importar estas cosas, pero las tolera y las lee, como yo leo los anuncios de la Emulsión de Scott, aunque no pienso comprarla.

Todos sabemos, verbi gracia, que la distinguida señorita de Hojaldre lleva al matrimonio un vestido azul municipal, y otro rosa húmeda, y otro salmón cocido, y otro rata humilde, y así sucesivamente, hasta diez ó doce; pero como yo no me los he de poner, leo la noticia y me quedo tan fresco.

Que es, poco más ó menos, lo que les pasará á la mayoría de los lectores.

Por todo lo cual creo que debemos ir dejando este asunto de las bodas, para hablar un poco de las contribuciones que nos agobian, de los obreros que no comen y de los Dabanos que nos amenazan.

Y que cada uno se case como pueda.

* *

Lo de Dabán ha producido honda sensación entre la clase de políticos, y en tertulias, teatros y cafés se habla de la famosa carta con asombro.

El MADRID CÓMICO no se ha enterado bien del asunto, pero es lo mismo. Sabe únicamente que hay un general poco conforme con la conducta del Gobierno, y que desea arreglar las cosas á su gusto, llamando á los demás generales para decirles:

—Aquí no debe mandar nadie más que nosotros, los hombres de espada y plumero. ¡Abajo los paisanos!

No deja de tener algo de razón el apreciable general. Ha ha-

bido aquí varios ministros que no saben hacia dónde cae la mano derecha. Llegan de su pueblo con un acta de diputado y una levita larga con cuello de veludillo. Lo primero que hacen es buscar una casa de huéspedes económica y una recomendación para el sastre á fin de que les haga ropa, pagando cinco duros cada mes. Después se presentan en casa de algún político influyente y procuran aparecer tristes y desgraciados.

—¿Qué tiene usted?—les pregunta la esposa del prohombre.

—¡Ah, señora! Mi historia es muy negra. He pasado los veinte primeros años de mi vida tomando leche de burras con liquen, porque todo mi padecimiento estaba en los intestinos. Después me casé con una joven y se me murió á los siete meses, de un lobanillo descuidado. Hoy soy diputado á Cortes por el cariño de mis paisanos, que ven en mí un defensor entusiasta de sus intereses y un hombre de bien. Pero ¡ahl! la falta de recursos me obliga á vivir en casa de D.^a Dorotea, una patrona cruel, que nos alimenta muy mal. No conozco el besugo todavía.

La esposa del personaje sufre lo que no es decible al oír esta relación dolorosa, y aprovecha la primera ocasión oportuna para decir á su marido:

—Paco, ese joven que viene á casa está atravesando una situación gravísima. Fíjate en los tacones de las botas y verás que los tiene torcidos. Además, me ha confesado que come poco. ¿No habrá medio de darle un buen destino?

D. Paco recapacita y acaba por empujar al joven diputado hasta una dirección general ó una subsecretaría.

Él, por su parte, continúa cultivando con esmero la amistad de su protector, y el día menos pensado resulta ministro de la Corona, con coche, gabán, petaca de concha y sortija de brillantes.

Pues bien, eso es lo que no quiere Dabán. A él le molesta que los paisanos tengan autoridad y sueldo y uniforme; por su gusto todos andaríamos con blusa y gorra de pelo en invierno y de seda en verano, sin otra excepción que la de su hermano político, á quien por razones de familia está dispuesto á tolerar que use el chaquet y el sombrero hongo.

Ahora trata el Gobierno de imponer una corrección disciplinaria al enunciado personaje, pero ya verá usted cómo no se la impone; y bien mirado no debe imponérsela, porque para eso es general, y alguna prerrogativa han de tener los generales.

¡Si se tratase de un tenientillo!...

Tengo yo uno en la familia que escribió un día un artículo sobre la calidad del rancho, y por poco le fusilan.

* *

El distinguido escritor D. Luis Alfonso acaba de publicar un libro interesantísimo con el título de *Cuentos raros*.—*La cena de Sarah Whim*.

Ni mis aficiones ni el corto espacio de que puedo disponer me permiten examinar con detenimiento esta obra, por más de un concepto notable.

Pero ya sabe el autor que, en España, los libros, por grande que sea su mérito, tienen menos importancia que la carta de Dabán.

Conque, hablemos de la carta, si á ustedes les parece.

LUIS TABOADA.

EL DOMADOR DE FIERAS

En los labios la sonrisa,
la fiera en la mirada,
el brazo nervudo y fuerte,
ancho y cargado de espaldas,
inglés por temperamento,
aunque francés por las trazas,
es el domador más fiero
de las fieras sanguinarias.
Con el látigo en la mano
entra sereno en la jaula
y á latigazos despierta
de las selvas al monarca.
Asiéndole de la cola,
buen trecho al león arrastra
y el animal ruge y tiembla
y deja en las gruesas tablas
las profundas hendiduras
del acero de sus garras.
Cuando enfurecido enseña
de marfil las blancas armas
y entre los largos colmillos
la roja lengua descansa,
el domador con sus manos
sujeta las dos quijadas
y su cabeza introduce
con serenidad que espanta

en aquella horrible boca,
para triturar formada.
Y la boca no se cierra
ni los duros dientes clavan,
y el león, con ser león,
ante un hombre se acobarda.
Con el oso formidable
riñe desigual batalla
el domador atrevido,
y con la fiera se abraza
y le hace medir el suelo
tras corta pelea extraña,
más que la fuerza del brazo,
el fuego de la mirada.
Al traicionero chacal
busca guardando la espalda,
que nunca el enorme gato
supo embestir cara á cara.
Recogido y temeroso
enseña la dura garra,
pero el domador se acerca,
con un grito lo avasalla,
y entre sus manos de hierro
cogiendo las cuatro patas,
lo suspende y lo derriba
en un rincón de la jaula.

Es el domador valiente
hombre de fiereza tanta,
que ni el león le intimida,
ni el lobo terror le causa,
ni el oso le vence en lucha,
ni el tigre en valor le gana.
Contra todos juntos puede
si de su encierro se escapan,
y uno á uno y cuerpo á cuerpo,
los hace lamer sus plantas.

Terrible es el domador,
*el de la fiera mirada
y el brazo nervudo y fuerte
y ancho y cargado de espaldas;*
pero á mí me dijo un mozo
que las fieras cuida y guarda
¡que al *domador indomable*
su mujer le pega en casal

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LOS VIERNES DE LAS DE RUIZ

NOTABILIDADES (1)

IV

Es médico de fama don Gil Cascante,
mas su afición al canto le vuelve tonto,
y lo mismo te alivia con un calmante
que exaspera tus males con un *raconto*.

Su voz, que es voz de bajo y es destemplada,
lo mismo en los veranos que en los inviernos,
parece que la tiene depositada
allá en lo más profundo de los infiernos.

Temblamos los oyentes cuando él entona,
pues produce postemas en los oídos,
y hasta el piso del cuarto se desmorona
al impulso espantoso de sus berridos;

pero allí se le aguanta porque es quien cura
de las de Ruiz á toda la parentela,
y como por el canto siente locura,
todos los viernes canta que se las pela.

Y lo raro es que oigamos poco ni nada
el aire que le sale de los pulmones,
porque su voz no deja de estar velada
ni aun cuando están cerradas las velaciones.

Aunque lo disimula, tartamudea,
y en cuanto de las nubes caen cuatro gotas
no hay nadie que le escuche, porque marea,
pues en vez de cantarlas tose las notas.

Cierta vez, en un aria de esas atroces
quiso hacer tanta clase de florituras,
que el gato de la casa, que oyó las voces,
estuvo cinco meses con calenturas.

Su pulmón es un fuelle desvencijado.
Al tomar los alientos, ¿sabes qué pasa?
Que despeina á las chicas que tiene al lado,
y se apagan las luces que hay en la casa.

Así como otros bajos, tomando aliento
dan el *sí* por arriba claro y potente,
abre don Gil la boca, y en un momento
te da el *sol* por abajo perfectamente.

Ayer debió por bruto pagar cien multas,
pues cantando zortzicos á su manera,
dió el hombre tanto gallo, que de resultas
abrió en el pasillo la cocinera.

Cura el dengue con aires de Campanone
y la gastroenteritis cantando el Credo,
y con igual destreza (Dios me perdone)
canta una barcarola que amputa un dedo.

Baste decir que há poco y en Ponferrada
asistió á los dos hijos de doña Eustoquia,
y después de matarlos en su morada,
les cantó el *De profundis* en su parroquia.

Este es el celebrado bajo profundo
que las de Ruiz escuchan mudas y quietas.
¡Pobres de los que viven en este mundo
aguantando sus gallos y sus recetas!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

GUÑER

Así se han obstinado en llamar los filarmónicos de reata al autor de *Tannhäuser* y *Lohengrin*, y no hay medio de obligarles á que le apeen ese tratamiento.

Tratamiento, voto al Santo Grial, que ya entra en la categoría penable de la «sevicia.»

Guñer..... Guñer.....

Parece que se trata del vicepresidente de alguna comisión parlamentaria, de un Guñer y García, ó si se quiere, de un López Guñer, muy entendido en aranceles, proteccionista á la catalana ó librecambista á la vizcaína.

Ese empeño en alterar el nombre de Wagner—que se pronuncia *Vagner*, letra por letra—tiene mucho de simbólico, y corresponde con elocuente y significativa exactitud al empeño en alterar el genio y seatido del reformador del drama lírico.

—Como su música no nos suena bien—dirán los *antiguañeristas*,—le hemos puesto un nombre que suene mal.

(1) Véanse los núms. 365, 366 y 369.

Tampoco el que ellos llevan suena muy bien que digamos. Mejor les cuadraría llamarse *antiguañeristas*; y perdónese me lo humilde del equívoco en gracia de su exactitud.

Guñer..... Guñer.....

Tiene esta palabra algo de ladrido y arañazo. Así ni aun en la simple enunciación del nombre del maestro dejan de arañarle y ladrarle los «mirmidones» de por acá.

Verdad es también—para que la cosa tenga su debida compensación—que *Guñer* suena perfectamente en catalán y valenciano, y aun viene á ser símbolo, por la analogía en el verbo *guñar*, de lo que gana, vence y triunfa.

Véase por dónde resulta hasta trascendental y todo este doble aspecto de un vocablo impropio. Echegaray lo ha dicho.... ¡Gracias al simbolismo, podemos penetrar en la unidad suprema de las cosas!

¡Sí, amado Teótimo; Wagner vence, y el estreno de *Tannhäuser* en el Teatro Real da ocasión á medio Madrid para circundar de flores el pedestal del gran poeta (denominándole así, no tendrán derecho á llamarle compañero los autores de tangos y *couplets* con salsa verde), por más que en el otro medio Madrid haya mucha gente que hace todo lo posible por estropear el pedestal y *no dejar hueso sano á las guirnalda*s, como diría un conocido crítico que no hace muchos días *osteocopizaba* unos laureles con esa misma frase.

Lo que nadie intenta ya—porque se sabe de sobra que sería inútil—es derribar el pedestal. Unos lo cubren de pasquines, no todos ingeniosos, ni agudos, ni nuevos. Otros pasan indiferentes. Otros huyen.

Huyen por miedo de que los fascine y arrastre la encantadora Lorelei. Tienen horror á profesar una fe nueva.

Mi inoivable y queridísimo amigo Joaquín Mazas—cuya prematura pérdida lamenta estos días la prensa entera—rehusó siempre, con terquedad vizcaína, oír el *Lohengrin*, y como yo, con testarudez aragonesa, le ponderase repetidas veces el encanto infinito de ese poema musical, que tan hondo penetra en el espíritu y á tan excelsa altura lo levanta, mi compañero me respondía invariablemente:

—No quiero oír á Wagner por no serle infiel á Meyerbeer.

Este *parti pris*, tan noble y elevado, constituía al menos una especie de homenaje implícito al gran artista. ¡Ojalá procedieran todos con ese romanticismo, exagerado, sí, pero puro y sincero! Más vale no querer oír á Wagner, que oírle, y salir luego diciendo:

—Pero ¡si esto no es más que una procesión de cucarachas!...

Los fanáticos del antiguo régimen llegarían, como el astuto Ulises, á tapar con cera los oídos de sus discípulos, para impedir que Circe los subyugara, si no supieran que la cera se derrite, y que da mejor resultado procurar aquella sordera intelectual de que ya nos habló el Evangelio con el consabido *habent aures et non audiunt*.

Por fortuna, las gentes se van haciendo cargo, y hasta van *distinguiendo*. Lo más fuerte que ha dicho la opinión general, serena é imparcialmente, después de oír el *Tannhäuser*, ha sido esto:

—Es algo pesado.

Y como algunos de sus episodios lo son, efectivamente (ya ven los *antiguañeristas* que no soy ningún cortacabezas afiliado al wagnerismo), es cosa de cantar un *alleluia* más gozoso que el de los peregrinos del último acto, y exclamar:

—¡Madrid está desconocido! ¡Nos lo han cambiado!

¿Se habrá redimido definitivamente este público pecador, como el héroe del poema, y estarán á punto de florecer báculos, cayados.... y batutas?

No sé si alegrarme ó entristecerme.

Que se le ha afinado el oído al país, es indudable; pero esto puede consistir también en que el país está tísico.

MARIANO DE CAVIA.

CARIÑOS

Quería Encarnación á su marido
tanto y tan bien (que dicen los poetas),
que estaba el pobre Carlos aburrido,
y en viéndola venir tan juguetona
y haciendo morisquetas,
temblaba el infeliz por su persona.
¡Qué manifestaciones! ¡Qué delirio
era el de Encarnación por su *pariente*,
quien sufría el martirio,
callando santamente!
Bofetones, pellizcos y bocados.
Con que iba el desdichado á la oficina
con entrambos carrillos encarnados
y algunos cardenales en el texto,
precedentes de la última *tollina*.
El jefe algunos días le llamaba
y, burlándose de él, le preguntaba:
—Pero, hombre, hombre, ¿qué es esto?
¿Cómo viene usted hoy de esa manera?
¿Es que duerme en alguna leonera?
—No, si esto es natural—le respondía
la víctima inocente de su esposa.
—¿Qué ha de ser natural? ¡Ave María!
¿Se ha peleado usted?

—No

—¡Pues no es cosa!

Hombre, si trae el rostro amoratado,
igual que si le hubiesen aplicado
una tanda completa de moquetes.

LAS FALDAS



Cojan ustedes un banquero respetable, conservador como todos los banqueros.



un pobre vergonzante, demagogo como todos los pobres,



un sietemesino cascabelero,



un militar verdaderamente terrible,



un Tenorio de calleja,



un cómico tronado,



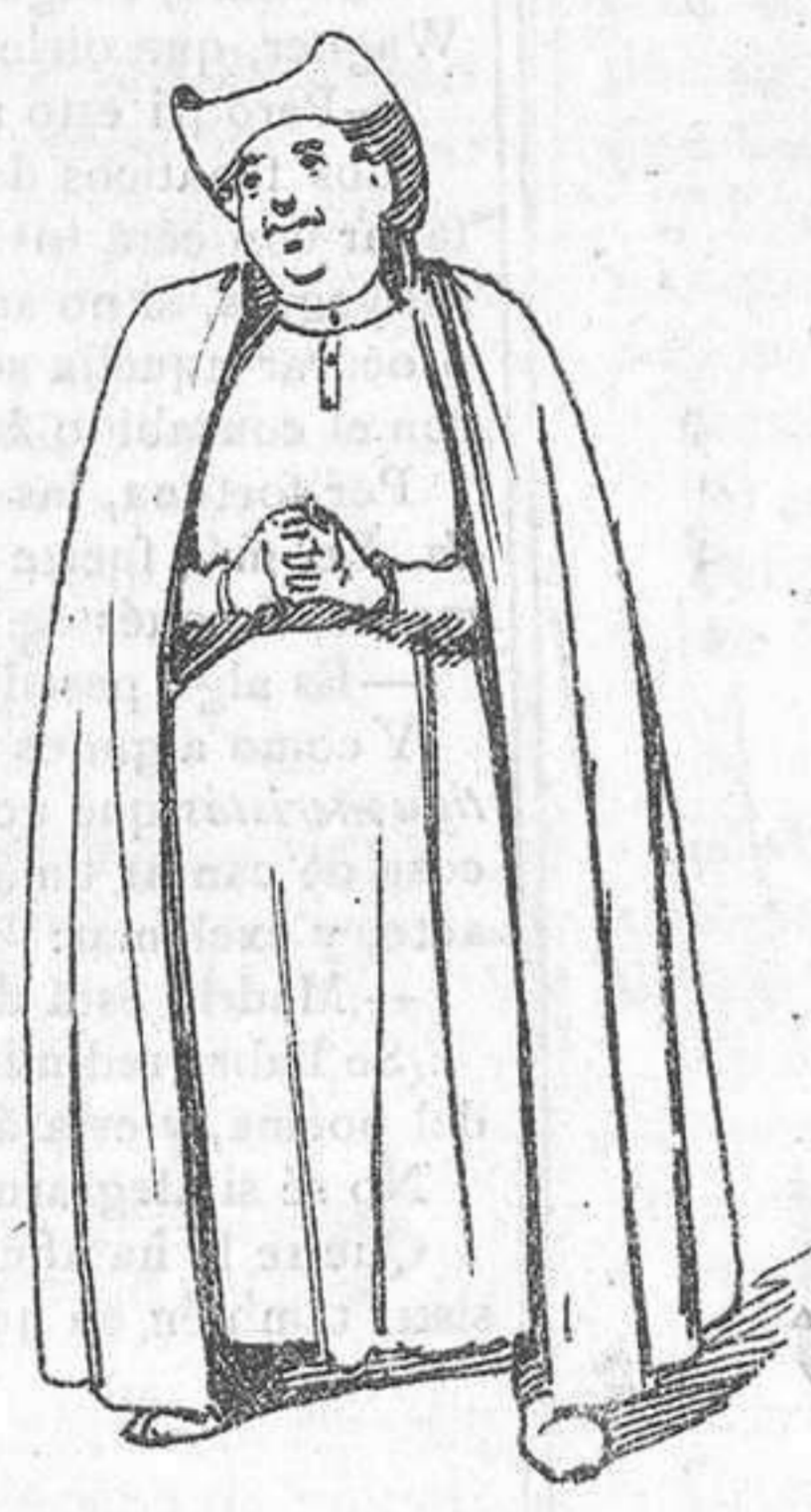
un sabio dedicado de continuo á las más profundas meditaciones,



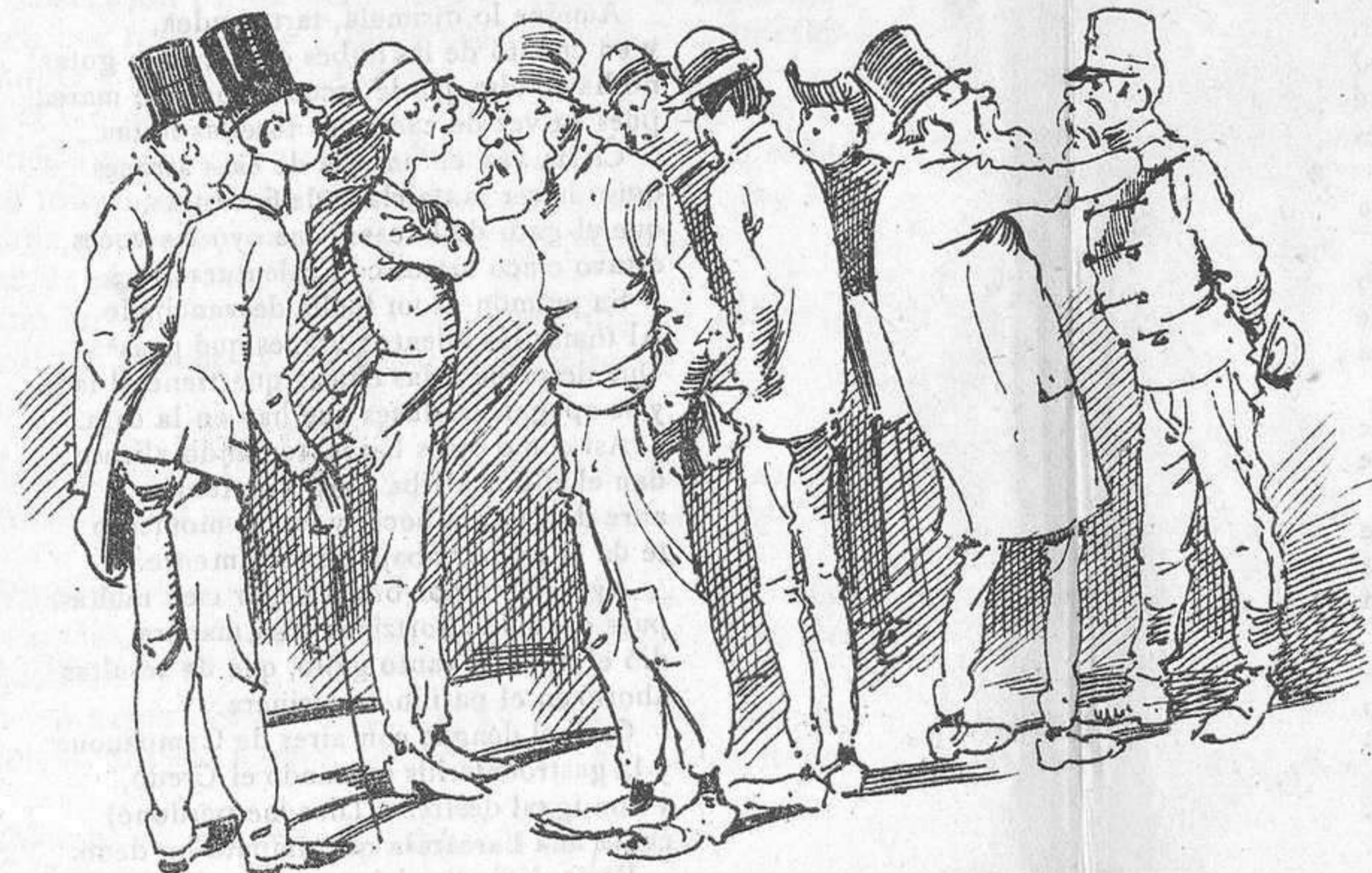
un estudiante de los que resuelven problemas de billar,



un sujeto del resguardo, representante de la ira,



y hasta un señor sacerdote, flor y espejo de la mansedumbre;



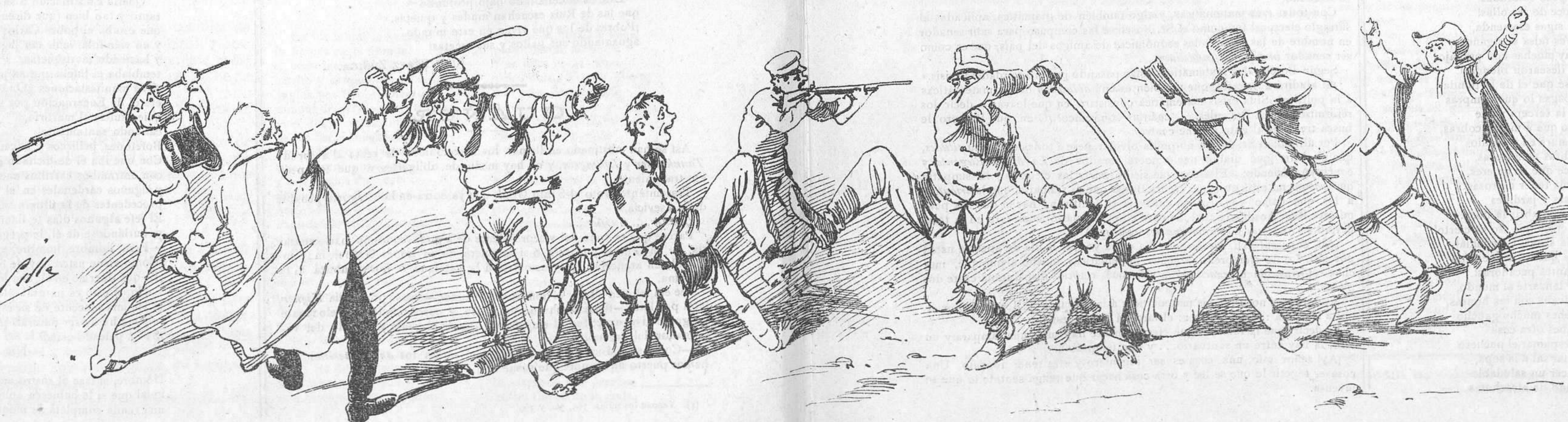
y á pesar de sus diferentes categorías y opiniones, la reunión estará como una balsa de aceite.



Pero cojan ustedes una chiquilla de diez y seis años, nada más de diez y seis años,



háganla ustedes pasar por delante del pelotón de caballeros, ¡y ya tienen ustedes la gresca armada!



P.H.

Y así andaba entre dimes y diretes
el marido feliz y mentecato.
Alguna vez atribuía al gato
aquellos arañazos conyugales.
—¿Duermes entre animales?—
solía preguntarle un compañero.
—Duermo en cama de pluma—protestaba.
—Sí, de plumas de acero.
Y algún otro apuntaba:
—Dormirá en pajarera.
Volvía á casa, y al llegar temblaba.
Al fin de la escalera
estaba Encarnación como una fiera,
aguardando á cogerle entre sus garras,
y llamándole *Nene*, puesta en jarras.
Se arrojaba en sus brazos, le mordía,
y así entraba en su hogar, cuando volvía.
Tanto que, por salvar al pobrecito,
decía á su señora la criada:
—Si sigue usted así, no digo nada,
va usted á estropear al señorito.
Por fin, con un antiguo camarada
consultó el pobre Carlos el asunto,
y el camarada al punto
facilitó á su amigo la receta,
ó sea el plan de curación completa.
Y que fué de repente,
porque al día siguiente
ya no era Encarnación la que solía,
y en muy pocas sesiones
perdió aquella vehemencia que sentía
para dar á su esposo mojicones.
¿El remedio cuál fué? Pues muy sencillo:
en cuanto la veía
exclamaba el muy pillo:
—¡Mi vida! ¡Corazón! ¡Ven tú, mi encanto!
Con fuerza la abrazaba y la oprimía.
—¡Ay! No me aprietes tanto—
decía Encarnación á su marido.
—¿Me rechazas, mi bien?

—No te rechazo;

pero por Dios te pido
que no me abras más.

—Venga otro abrazo.

¿Qué es esto? Ese desdén.... ¡Vida! (Un bocado.)

—¡Ay!

—¿Qué tienes, mi amor? ¿Te he lastimado?

Con esta penitencia
se curó Encarnación de la vehemencia.

*Una mujer hermosa, pero sosa,
vamos, indiferente,
puede ser para el hombre empalagosa;
pero la que se pasa de vehemente
infunde miedo al hombre más valiente.*

EDUARDO DE PALACIO.

LA DESPEDIDA DE LA COCINERA

¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola!...

LOPE DE VEGA.

Llevando un envoltorio
con no sé cuántas cosas,
por no sé qué razones
te vas y me abandonas.
Por ese mismo sitio
se fueron muchas otras,
bastantes irritadas,
arrepentidas pocas,
para volver algunas,
pero llorando todas,
que es vicio que se adquiere
picando las cebollas.
Así también te marchas;
¿qué vas á hacer ahora
perdida por el mundo,
sencilla Celedonia?
Si tú no sabes nada
de penas que trastornan
ni goces que enloquecen
ni luchas que destrozan,
¿qué harás cuando te veas
abandonada y sola?
¿O piensas, inocente,
que tú no eres de estopa
y el mundo es un hornillo
y el diablo viene y sopla?
¡Envidias, de seguro,
la suerte de esas mozas
que yendo de criadas
volvieron de señoras,

y tapan con los guantes
aquellas manos gordas
que puso coloradas
el roce de las ollas!
¡No sigas esa senda,
que es falsa y engañosa,
y hay muchas con pingajos
que desearon blondas!
Yo sé que el de la tienda,
do pagas lo que compras
con la tercera parte
de lo que á mí me cobras,
murmura en tus oídos
palabras mentirosas,
y dice que, si quieres,
podrás tener carrozas
y casas y jardines
con sólo abrir la boca.
¡No creas que eso es cierto!
¡no la abras, Celedonia!
¡Mira que así empezaron
bastantes pecadoras!
Para lanzarte al mundo,
que acaba con las honras,
ni tienes mucho gancho
ni sabes otra cosa
que espumar el puchero
y echar sal á la sopa,
ó hacer un saludable
guisado de alcachofas.

¿No estás mejor en casa,
aquí donde te consta
que yo te lo perdono
sabiendo que me robas?
¿Qué más aspiraciones
podrás tener ¡oh tonta!
que ver cómo te espío
cuando te quedas sola,
y permitirme á veces

que te haga cucamonas?
¡Vuelve á tus estropajos,
sencilla Celedonia,
y deja para siempre
las ilusiones locas!
¡Mira que así te pierdes!
¡mira que hay penas hondas!
¡mira que á mí me carga
tener que buscar otra!

SINESIO DELGADO.

PALIQUE

El Sr. Bosch y Fustegueras en sus ratos de ocio es un sabio, y con este motivo ha entrado un día de estos en la Academia de ciencias exactas, físicas y naturales, que así la llaman.

El Sr. Bosch es uno de estos sabios naturalistas españoles que principalmente se dedican á otra cosa.

Si el Sr. Carracido acabó por hacer novelas, el Sr. Bosch empezó por *hacerse hombre*, lo cual en cierto modo también corresponde á las ciencias naturales.

Se hizo no sólo *homo sapiens*, sino hombre político capaz de ser ministro á poco que le den la mano.

El Sr. Carracido me hará el favor de no creer que mi intención es compararle con el Sr. Bosch. ¡Dios me libre!

El Sr. Bosch leyó un discurso que «versó», según el cronista de *El Liberal*, sobre «Las aplicaciones de las matemáticas á las ciencias morales y políticas.»

El mérito principal que el cronista, á quien sigo á ciegas, le encuentra al discurso de Bosch consiste en que no cayó «en el defecto hartito generalizado de hacerlo depender todo de una ciencia parcial y representativa de conocimientos.» Mucho sentiría que el cronista científico, físico y natural, pero poco exacto, de *El Liberal* resultase amigo mío, como suele suceder en casos tales; pero sea como sea, he de decirle que no hay Dios que entienda lo que ha querido decir. Conozco muchos defectos en que ha caído y sigue cayendo la humanidad, pero no sé qué defecto es ese de hacerlo depender todo de una ciencia parcial y representativa de conocimientos. ¿Qué quiere usted decir, que lo que aquí sobra son retóricas y metafísicas? ¿Que faltan industriales y sobran doctores? ¿No es eso? Pues ¿qué es? ¿Qué es una ciencia representativa de conocimientos? Y mejor todavía: ¿Qué es una ciencia que no represente conocimientos?

¿Si será este redactor el que llama efeméride á las efemérides y coloca la Meca en Africa y atribuye á Rojas el *Don Gil de las calzas verdes*?

Volviendo al Sr. Bosch, digo que el tema de su discurso le sienta como anillo al dedo; porque él, ingeniero, no sé si industrial ó de minas ó si de las dos cosas, es «una aplicación (y buena) de las matemáticas á la ciencia y al arte de la política.»

Es, sin duda, hombre que ha echado sus cuentas en política y se ha aplicado, como una lapa, á Romero Robledo, que es lo más moral y político que se puede decir ni pensar.

El Sr. Bosch, con motivo de su recepción, habló de la mayor parte de las cosas de este mundo, que es lo que suelen hacer nuestros sabios exactos en casos tales, porque eso, por lo mismo que es mucho, no compromete á nada.

Habló de la aplicación de las matemáticas á la economía, á la sociología, á la Hacienda, á la estadística, al seguro y al sufragio universal. No hubiera hecho más un sacamuelas matemático ó un comisionista del *Prin-temps* ó de la Equitativa.

La aplicación de las matemáticas al sufragio debe de habérsela enseñado su jefe Romero, que en este punto sabe tanto como el mismísimo Salvador y convierte dos peces en dos mil electores, si bien en punto á panes necesita cuatro mil para cada pez.

También habló, con gran novedad, el Sr. Bosch del cociente electoral. Ya se sabe de dónde salen esos *cocidos*, del puchero electoral de Romero Robledo.

Con todas esas matemáticas, y algo también de gramática, aplicadas al sufragio electoral fué como el Sr. Bosch se las compuso para salir senador en nombre de las Sociedades económicas de amigos del país, que es como ser senador *in partibus infidelium*.

Según Bosch, «las matemáticas están pasando por una verdadera crisis.» ¿Si aludirá á Sagasta, que también es una aplicación de las matemáticas á la política? ¿Si la crisis matemática consistirá en que le van á decir los reformistas á D. Práxedes.... cuántas son cinco? ¿O en que Romero le busca tres pies al gato y tiene cuatro?

Por último: el Sr. Bosch no podía olvidar, pese á todas estas exactitudes, que él al fin ¡qué diablo! nació poeta, orador de *La Moda Elegante*, y concluyó diciendo: «El amor que siento hacia las ciencias y la simpatía que tributa mi espíritu (¿qué creará Bosch que es simpatía, que la tributa?) á los que como vosotros las cultiváis (ó cultivan) hacen que sea para mí esta Real Academia cual lámpara en el santuario, cual faro en la tempestad.» (*Ruidosos y extraordinarios aplausos.*)

¡Ah, cursilón! ¡Ah, incoherente! Ya sabía yo que había de apearse usted por ahí. Lo de siempre.... Muchas matemáticas, mucho alambique, muchas retortas, mucha exactitud.... y después retórica disparatada entre dos platos.

Apliquemos nosotros las matemáticas á las figuras de Bosch. Según él: La lámpara : al santuario :: el faro : á la tempestad.

Es decir, que la relación que efectivamente hay entre una lámpara y un faro, la hay entre un santuario.... y una tempestad.

¡Ay! señor mío, una cosa es ser ingeniero y otra tener ingenio. Una cosa es repetir lo que se lee y otra cosa hacer que tenga sentido lo que se inventa.

El Sr. Echegaray contestó al Sr. Bosch.
Mal hecho. Hay cosas que no tienen contestación. Para contestar á Bosch otro como él, otro reformista *exacto*.

CLARÍN.

MI CUARTO Á ESPADAS

Á LOS SRES. D. JOSÉ ESTRAÑA Y D. RICARDO J. CATARINEU

Desde la ciudad famosa
que conquistó San Fernando,
para darla á los poetas
que más tarde la ensalzaron,
diciendo *cosas* del Betis,
del azahar de sus naranjos,
de la moruna Giralda
y del Alcázar dorado,
escribo este mal romance
á Catarineu, Ricardo,
y al pacotillero Estraña,
á quienes beso las manos.

Mis queridos compañeros:
Si con tal título honrado,
soy acreedor á que oigáis
á un infernal poetaastro,
yo, el menor vate de todos
los que escriben castellano,
con audacia que no espero
obtenga fortuna al canto,
os diré que habiendo visto
los elogios prodigados
á las hembras sevillanas
por vuestros ingenios claros,
prefiriéndolas á todas
las demás del suelo patrio,
que ven en la preferencia
motivo para un escándalo,
hoy defendiendo, lanza en ristre,
de octosílabos armado,
á las que están postergadas
y devoran el agravio.
Bien sé yo que tal defensa
no me ha de hacer muy simpático
á las sevillanas, pero
digo á ustedes, sin embargo,

que la fama pregonera
de la hermosura y el garbo
de la mujer de Sevilla,
esta vez no dió en el clavo.
Olvidóse de Granada,
donde hay ojos que son dardos,
de Málaga, donde hay cuerpos
que son arietes romanos,
de las hijas de Valencia,
que hicieran pecar á un santo,
si los santos no pecaran
con los talles gaditanos.....
y haría mención de todas
si no fuera porque, al cabo,
con callar las que no digo
digo aun más de las que callo.
No seré yo el que asegure
que son unos mamarrachos
las de aquí, pues tal dislate
no cabe en cerebro humano;
pero darles preferencia,
colocándolas tan alto
sobre las demás del orbe,
es cosa que yo no aguanto.
«Boca abajo todo el mundo,»
dirá Estraña; y yo no extraño,
si están ellas boca arriba,
que el mundo esté boca abajo;
mas con tal exclusivismo,
que es convencional é insano,
hacéis notoria injusticia
á tanto *cielo abreviado*
como hay por esas Españas,
y lloran el menoscabo
que dos ilustres poetas
hacen hoy de sus encantos.

JOSÉ MARÍA DE LUNA.



No pasa una semana sin que, con un pretexto cualquiera, los caballeros encargados de la sección de teatros en los periódicos *grandes* lancen sus *terribles anatemas* sobre las escenas de chulos.

«Tal obra no tiene chulerías, lo cual es una ventajita.»

«El señor Tal ha demostrado que se puede hacer piezas regocijadas sin acudir al repugnante y manoseado espectáculo de las chulerías.....»

¡Y dale, bolal!

Si escribiera todavía D. Ramón de la Cruz, serían ustedes capaces de decirle:

¡Señor Cruz! ¡Que se pone usted muy pesado con sus manolos y sus majas!

Digan ustedes que esos cuadros de costumbres populares son malos..... cuando están mal hechos; pero no exageren ustedes. Porque no es cosa de desterrar del teatro á la gente del bronce, por la sola razón de que haya aparecido en él muchas veces.

O, en buena lógica, desterremos también los amoríos. Porque más antiguo y manoseado que eso.....

Me tomo la libertad de recomendar eficazmente á los Sres. Administradores de periódicos los dos corresponsales siguientes:

D. Eduardo López García, de Marchena.

D. Eugenio García Sempere, de Cáceres.

Porque hay corresponsales de quienes se duda si pagarán ó no, y le dan á uno muy malos ratos.

Pero éstos son seguros.

¡Ya se sabe que no han de pagar de ninguna manera!

En una abaniquería,
si no elegante, decente,
hemos leído el siguiente
letrero el otro día:

—¡Géneros excepcionales!!—
y luego, en otra tarjeta:
«Abanicos á peseta.
Ultimo precio: tres reales.»

Bien sabe Dios que hasta ayer, por la tarde, á eso de las cuatro, no me había fijado en los carteles del Teatro Eslava.

Lo que quiere decir que hasta esa hora precisamente no había leído el encabezamiento, que es éste:

COMPañÍA DE ZARZUELA CÓMICO-LÍRICA

—¡Cómo! ¿Y eso está mal?—dirá el que lo puso.

—Sí, señor, porque las zarzuelas suelen ser líricas. Es más, si no fueran líricas no serían zarzuelas. Sírvase usted, pues, enmendar eso, y escribir nada más:

Compañía de zarzuela cómica,

con lo cual lo entenderemos todos y puede que hagan rebaja en la tirada del cartel.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un lector.—Puede que tenga usted razón, pero ¿qué remedio?

K. Pi Ro T.—No deja de tener gracia lo del viento, pero está descuidadísima la forma.

Sr. D. M. A.—Madrid.—No puedo *publicallo*. Hay artículos para quince meses.

Serafín.—No, hombre; no hay nada menos apropiado para el MADRID CÓMICO que una carta á la novia.

Sr. D. E. P.—Madrid.—No tienen *sabor*.

Orejas grandes.—El mejor consejo que podía usted dar á Conchita era que, cuando fuera mayor, no leyera esos versos, para que no llegara á sospechar siquiera que *halla* y *vaya* son consonantes.

¿Por qué no?—Porque ese género de composiciones no se usa ha ce ya mucho tiempo.

El Rastro.—No, ¡ay de mí! los cantares tampoco servían.

Sr. D. P. S. D.—¡Qué malo es!

¡¡¡Oh!!! ¡qué bueno!—Efectivamente es muy bueno..... para en volver especies.

Un sabio.—No puedo publicarla íntegra por falta de espacio, pero allá va un pedacito, aunque no sea más:

«Cuando la noche tienda
su fúnebre sudario
me asusto al ver
que estoy solitario.»

Un cantor.—Sí, pero se ve que, por lo menos, no es usted de la capilla Sixtina.

Sr. D. J. de B.—No tiene usted vocación, y se ve que se ha hecho usted poeta de repente.

Er pichichi.—¡Biban los guasones de Salamanca, que escriben en *bigilia* con *astinencial*!

Sr. D. J. S.—Madrid.—No, así no hablan los maletas. Es demasiado *fino* ese lenguaje.

Felipito.—¿Quería hablar sin h? ¡Ah, ya! ¡Como era mudo!

Virgilio.—¡Ah, picaruelo! que lo ha copiado usted para dar gato por..... gato. Porque eso no ha sido liebre nunca.

J. Sas. J.—¡Señores sastres! ustedes no saben dar *púntada*, como dijo el otro.

Sr. D. G. I.—¿Sabe usted lo que me recuerdan esos versos? Pues me recuerdan los que hacen los niños en la escuela.

Albañil.—Usted será albañil, pero también podía ser picapedrero. En la versificación no había de conocerse la diferencia.

Blanco y Negro.—¿De veras tiene usted pensado remitirme una composición semanal? ¿Y como la muestra? ¡Pues más me valiera *estar duermes!*»

T. V. O.—Eso de los abismos insondables, el luto en el corazón, etc., sobre ser un poquito cursi, no sienta muy bien que digamos en un periódico festivo.

Vigüela.—Bastante incorrecta y demasiado confusa.

Tres académicos.—Aquello era una errata de imprenta.

Aseporo.—Mientras no contemos las sílabas no hacemos nada. Aunque mejor sería que no tuviéramos los oídos á componer.

Calandria.—Parece que tampoco los pájaros saben lo que es un soneto. Y que quieren ser guasones además.

M. Terio.—Pues..... no es buena.

Sr. D. A. A.—Murcia.—Se remitió oportunamente el libro *Migajas*, dirigido á D. J. C. Se habrá extraviado en Correos. Enviáramos otro ejemplar si supiéramos la dirección, pero de su firma no hemos podido entender más que las iniciales. ¿Quiere usted decir claramente á quién se lo mandamos?

J. J. J.—No señor, nada es publicable. Lo de «¡Pobre Juan!» es bonito en el fondo, pero la forma es bastante chabacana.

Paco Picapoco.—«Bendita seas, oh hermosa primavera,
bendita tú que los campos engalanas.....»

¿Qué se va á pensar de un soneto que empieza así, en prosa purísima!

Tropezones.—Lora del Río.—Por falta absoluta de tiempo no escribo á usted particularmente. Las composiciones no son publicables por la índole del periódico, y no puedo devolverle las cuartillas, porque ¡ay! no podemos conservarlas. Mañana recibirá usted los números atrasados en las condiciones que indica.

MADRID 1890.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa,
calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

PREPARATIVOS



—Lo primero en que hay que pensar, para que el cuadro se destaque, es en que el marco sea llamativo.

—Pues mire usted, voy á ponerle un marco de hierba fresca para llamar la atención de los críticos.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, a vuelta de correo.